

sideración al premio, ni á la pena, es el alma de los escritos de Séneca y la nota característica de su originalidad como escritor ético. *Lo honesto, por lo honesto, apetecible por sí mismo y por su propia dignidad*, es su fórmula, en el libro IV *De Beneficiis* y en todas partes. El sentido estético yace siempre ahogado por esta intransigencia ética, y cuando leemos en algún libro senequista la palabra *pulchrum*, entiéndase siempre *bonum*, y entiéndase además que, para Séneca, el bien ontológico no es cosa distinta del bien moral, único punto luminoso que para él queda en medio de la incertidumbre de su filosofía, y única tabla de refugio en el abandono de los principios metafísicos.

Séneca, como todos los hispano-romanos del imperio, tiene la gloria de haber condenado con acerbos, elocuentes y varoniles palabras los extravíos literarios de su tiempo, la retórica fría, convencional y amanerada, el arte que hoy llamaríamos *de salón*, las lecturas públicas, los espectáculos, el histrionismo declamatorio de los poetas, todo empleo innoble y bajo del arte y don divino de la poesía. «Enemiga del reposo del sabio (dice en la ep. 7.^a) es la conversación de muchos. Cada cuál imprime en nosotros algunos de sus vicios. El ánimo endeble y poco digno de lo recto, fácilmente se contagia con el ejemplo de muchos. Retírate dentro de tí mismo cuanto puedas; no te lleve la ostentación del ingenio hasta el punto de recitar ó disputar ante muchos. No te diría yo que no lo hicieras, si tuvieses au-

ditorio acomodado á tu entendimiento. Pero nadie hay en este pueblo que pueda entenderte. Y si te entiende uno, habrás tenido que irle formando y educando. Y créeme: no temas haber perdido el tiempo si es que has aprendido para tí.

Este amor sumo al arte reposado, sereno, solitario, apartado del tumulto y confusión, lejos de la influencia corruptora del público, esa especie de aristocracia intelectual que Séneca quiere establecer, y por otra parte la intransigente rigidez de su criterio ético, le hacen condenar acerbamente todo arte popular, y combatir con encarnizado rigor el teatro, usando argumentos no muy distintos de los de la famosa paradoja de Rousseau. «Nada hay tan dañoso para las buenas costumbres, escribe en esta misma ep. 7.^a, como contemplar algún espectáculo. Por medio del deleite, se deslizan más fácilmente los vicios. No sólo vuelvo del espectáculo avaro, ambicioso, lujurioso, sino que me hago más cruel y más inhumano, *porque al fin he estado entre hombres.*»

No es raro en Séneca esta desalentada misantropía, y aun puede añadirse que respira toda su doctrina una íntima tristeza que toca en los lindes del pesimismo. Vanidad es para él la gloria; vanidad, el arte mismo que cultiva hasta con afectación; vanidad, la ciencia humana: sólo el mundo moral se salva de la ruína. Y sin embargo, en estos escritos tan tétricos y desconsolados á la continua, se encuentran las afirmaciones más rotundas que hay en la antigüedad, del pro-

greso del género humano, en todas sus actividades, sin excluir la artística y la científica: «Á todos está abierta la verdad: nadie la ocupó todavía: mucho queda de ella á los venideros. Ya vendrá tiempo en que salgan á luz las cosas que ahora se ocultan, y en que la diligencia de otro siglo, las extraiga de las entrañas de la tierra; no basta una sola edad para la investigación de tantas cosas.»

Puede decirse que la lectura de Séneca, sin dejar un fondo de ideas muy rico, ni tampoco muy claro y terminante, produce el efecto general de vigorizar, templar y levantar el ánimo, más que la de ningún otro autor antiguo. Esta oculta virtud suya hizo exclamar con hipérbole á Gaspar Barthío, que el libro *De Vita beata* era el más excelente, después de las Sagradas Escrituras. Y por eso Séneca, que fué relativamente mediano en otras esferas, y no autor de ninguna de esas grandes concepciones y sistemas que llevan los nombres de Platón y de Aristóteles, de Descartes y de Hegel, ha ejercido una influencia tan profunda, con sentencias y moralidades sueltas, y ha sido uno de los principales educadores del mundo moderno, y especialmente de la raza española.

En cuanto al estilo, Séneca, como teórico, está en contradicción con lo que él practica. Solo admira los escritos de *composición viril y santa*, y él teje los suyos de antítesis, de simetrías y de conceptos. Llama *exangües* á los libros de los filósofos porque, instruyendo, disputando, cavi-

lando, no encienden, ni enfervorizan el ánimo, como que ellos no le tienen. Tacha el nimio cuidado de las palabras, y se ve que él mide y pesa las suyas, y que huye continuamente de las expresiones naturales. Reduce toda su doctrina acerca del estilo á esta máxima: «Decir lo que sentimos; sentir lo que decimos; concordar las palabras con la vida;» y cifra la perfección de la elocuencia en mostrar las cosas, y no en mostrarse á sí misma. ¡Y precisamente su defecto capital es la nimia ostentación del ingenio propio!

Séneca ha expuesto su doctrina acerca de la imitación, en la ep. 84: «Debemos imitar á las abejas que vagan entre las flores útiles para la composición de la miel. Así nosotros debemos convertir en un solo y propio sabor lo que recibimos de las varias lecturas, de tal manera que, aunque se vea de dónde se tomó, parezca cosa nueva y distinta. Y aunque se advierta en ti impresa la semejanza del autor que más te admire, quiero que seas semejante á él como hijo y no como imagen. La imagen es cosa muerta. ¡Cómo! (me preguntarás): ¿no se ha de conocer qué orador imito, qué argumentos, qué sentencias? No se conocerá, ciertamente, si has logrado imprimir tu forma y sello en lo que tomas del ejemplar que imitas, de tal modo que lo reduzcas todo á unidad. ¿No ves de cuántas voces consta un coro? Pues de todas ellas resulta un solo sonido.»

Para Séneca la corrupción de la oratoria es completamente inevitable, desde que se ha consumado la ruína de las costumbres. Pregúntale

Lucilio á qué atribuye esta ruína, y Séneca contesta, que la elocuencia en los hombres es tal como su vida. Si la disciplina civil y el régimen de la república caen por tierra, si lo inunda todo la codicia desenfadada de deleites, es argumento de la pública lujuria la lascivia de la oración. No puede tener un color el ingenio y otro el alma. Si ésta es sana, grave y templada, el ingenio será seco y sobrio. La afeminada elegancia es signo de que hay en el alma algo de femenino y endeble.

Pero entre los retóricos hispano-latinos del primer tercio del imperio, ninguno resistió con tan decidido empeño y sabia doctrina á la invasión del mal gusto, cifrando, por decirlo así, en su persona aquella reacción contra la novedad literaria, y en pró de la antigua y clásica literatura griega y romana (reacción tan visible en tiempos de los emperadores Flavios y Antoninos), como el insigne preceptista calagurritano Marco Fabio Quintiliano¹, declamador insigne entre los más famosos de su tiempo, aunque apenas contagiado por el mal gusto de la declamación. Perdidas hoy sus oraciones, que tanto celebran sus contemporáneos, la gloria de Quintiliano, el defensor de la Reina Berenice, el preceptor de los sobrinos de Domiciano, el primer maestro de retórica asalariado por el Erario público, de que

¹ Para Quintiliano sigo constantemente la ed. de Tauchnitz (Leipzig, 1829). Puede consultarse con fruto la traducción castellana de los PP. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier, de las Escuelas Pías.

nos dan noticia los anales literarios de Roma, descansa tan sólo en los doce libros de su tratado magistral *De la educación del orador*, fruto de veinte años de enseñanza pública, y obra que puede considerarse á la vez como un curso pedagógico, como un tratado de gramática, y como un libro de preceptiva literaria. Sólo bajo este último aspecto tiene interés para nosotros; pero, al analizarle, vamos á prescindir cuidadosamente de todas las menudencias técnicas propias de la retórica vulgar, y á fijarnos tan sólo en aquellos principios que, por su carácter necesario, universal y trascendente, entran con pleno derecho en la filosofía del arte, y son como las primeras razones estéticas, en las cuales estriba la concepción que los antiguos llegaron á formarse del arte de la palabra. Quintiliano, precisamente por ser el último en fecha entre los legisladores de la oratoria, y por el carácter vasto, comprensivo, y casi de enciclopedia literaria, que dió á sus *Instituciones*, es, si no el más original, el más copioso de los expositores de esta especie de filosofía oratoria. Y aunque sea verdad que los principios de que es intérprete simpático y elegante, estaban ya contenidos en el *Gorgias* de Platón, en los libros de algunos retóricos griegos, tales como Hermógenes, en la admirable retórica de Aristóteles, en los diálogos oratorios de Cicerón, y de fijo, en otros que hemos perdido, no ha de negarse, con todo eso, que, además del arte de exposición que se asimila y hace suyos los conceptos de los filósofos y retóri-

cos anteriores, cuyas huellas parece seguir con veneración casi religiosa y tendencias siempre arcaicas, y además de las sagacísimas observaciones críticas con que ha remozado la letra muerta de los preceptos, vence á los antiguos, no ciertamente por la originalidad ni el vigor de pensamiento que descubre nuevos rumbos, sino por el método, por la trabazón y el enlace; en suma, por haber formado un cuerpo de doctrina mucho más completo que cuantos se habían imaginado hasta entonces; por haber congregado en uno los elementos dispersos, examinándolos y concertándolos en vasta síntesis, y levantando así un verdadero monumento, que, no sólo es por el estilo la obra más pura, elegante y sencilla de su tiempo, dechado de modestia no afectada y de elevación moral, y no sólo ha de estimarse como última protesta del buen gusto, sino que merece á toda luz el nombre de código literario y la general estimación que le ha rodeado, sobre todo desde el renacimiento de las letras, llegando á introducirse en las escuelas como pasto y manjar de la juventud, juntamente con los diálogos de Cicerón y los exámetros didácticos de Horacio. Rara fortuna para alcanzada por un libro de decadencia, el que pueda hombrearse sin desdoro con las producciones de los siglos clásicos. Y no la debe sólo Quintiliano á la corrección esmerada de su latinidad, y al acicalamiento y limpieza de su estilo, que se acerca mucho á la perfección sostenida, sino también al carácter eminentemente conservador y tradicionalista que ostenta su obra.

La índole literaria de Quintiliano, poco inventiva y audaz y muy enamorada del orden, de la mesura y de la disciplina, se apacentaba y detenía con fruición en las producciones de los siglos clásicos: no iba, como Frontón y otros retóricos del tiempo de los Antoninos, á desenterrar las primitivas riquezas de la lengua latina en los monumentos ya casi ininteligibles de las primeras edades de Roma, buscando con especial amor lo más vetusto y arqueológico. Complaciale más admirar y gozar de lo que ya estaba reconocido y consagrado por la admiración general, siendo sus modelos predilectos Homero y Demóstenes entre los griegos, y Cicerón y Virgilio entre los latinos. Á éstos estudiaba incesantemente, de éstos casi solos toma ejemplos, y de continuo inculca á la juventud la conveniencia de limitarse á pocos libros, y éstos selectos; el odio á toda falsa brillantez y á la novedad no más que por ser nueva, y el arte de la forma antigua, sobria y serena. No nos es dado hoy juzgar del efecto que en una época de tan manifiesta decadencia, pudo hacer la enseñanza oral de aquel á quien el poeta celtíbero llamó *moderador sumo de la vaga juventud y gloria de la toga romana*; pero sí podemos juzgar del valor intrínseco de su enseñanza escrita, transcripción fiel, y sin duda perfeccionada, de sus lecciones.

Y ante todo, Quintiliano, como la mayor parte de los retóricos de la antigüedad, tiene tanto de moralista como de maestro; y uno de los rasgos más simpáticos de su fisonomía crítica es la no-

bleza y majestad del sentido ético, que por todas partes penetra su crítica. Y no se diga que Quintiliano favorece en demasía la confusión de los dos conceptos de belleza y de bien moral, puesto que sus preceptos no se refieren al arte en general ni á la metafísica de lo bello, sino que tienen casi exclusiva aplicación á un arte intermedio y mixto de bello y de útil, el cual, por los intereses sobre que versa, por los afectos que quiere excitar por las resoluciones á que se encamina y por las verdades que se propone inculcar, traspasa los límites de la estética pura, y se convierte en obra directamente política y social. De aquí que la consideración del elemento ético no debe apartarse un punto de los ojos de quien trata de dar lecciones al orador, y de investigar los ocultos resortes del poder de la palabra.

Aplaudimos, pues, en Quintiliano el no haber mirado nunca la oratoria sino como sierva de la verdad y de la justicia, afirmando, desde las primeras páginas de su libro, que la condición de orador perfecto era inseparable de la de hombre de bien, y que, no sólo debía exigirse en el orador la facultad de hablar, sino todas las virtudes intelectuales y morales. No faltaba entonces quien sostuviese que tales facultades debían relegarse á los filósofos; pero Quintiliano se indigna ante el pensamiento de que pueda haber alguien en la escala moral más alto y perfecto que el orador, varón verdaderamente *civil*, nacido para la administración de la cosa pública y privada, y para regir con sabias leyes y administrar

con prudencia y justicia la ciudad. Es cierto que esta doctrina moral necesariamente ha de tomarse de los filósofos, y Quintiliano anuncia que se valdrá ampliamente de sus libros, pero no como de cosa prestada, sino trasladando al arte oratorio lo que legítimamente y de derecho le pertenece. ¿Qué cuestión oratoria puede haber en que no ocurra hablar de la justicia, de la fortaleza, de la templanza y de otros lugares comunes, todos de ética especulativa? Al orador toca aplicar á esta materia que la filosofía le da, los procedimientos de invención y de elocución. Y hubo tiempos (conforme Cicerón había enseñado ya) en que el estudio de los filósofos y el de los oradores anduvieron á una, siendo unos mismos los varones reputados por sabios y por elocuentes. Cambiaron las edades, y cumpliéndose lo que llamamos hoy división del trabajo, partióse la enseñanza primera en muchas ciencias y artes particulares. Quintiliano lamenta esta separación, y la lamenta, sobre todo, por amor á la elocuencia misma, que perdió entonces alguna parte de su dignidad y grandeza, por faltarle el jugo de las ideas madres y de los principios necesarios y universales, trocándose en granjería el arte de la elocución, y rompiendo el antiguo parentesco que tenía con la ciencia ética. Lo mismo aconteció á la filosofía; destituida del adorno de la elocuencia, cayó como presa vil en manos de los ingenios inferiores que, despreciando el arte de la palabra, trataron de educar el ánimo y de fijar las leyes de la vida, y se arrogaron el nombre

de filósofos, como si ellos fuesen los únicos estudiosos de la sabiduría, aunque es verdad que se ejercitaban en su parte más noble y sustancial. Con todo eso, Quintiliano no disimula su mala voluntad hacia los llamados *filósofos* de su siglo, y pone de manifiesto la vana é hipócrita ostentación de sus doctrinas y actos, y los grandes vicios que, so capa de virtud, ocultaban, al revés de los antiguos profesores de sabiduría, cuya vida fué, por decirlo así, el comentario perpetuo de su doctrina. Por el contrario, los sofistas que Quintiliano conoció, y que venían á ser en la enseñanza filosófica lo que los declamadores en la oratoria, sólo en el rostro triste y macilento y en el roto y andrajoso vestido, contrario al hábito común, ponían su vana y ridícula singularidad, no de otro modo que aquellos infames histriones de la virtud, *atentos al aplauso común*, que viven estigmatizados en los versos de nuestro estóico poeta. Para Quintiliano, como para casi todos los latinos, no hay más filosofía útil y digna del hombre que la ética; por eso se indigna de que los filósofos quieran atribuirse, como dominio propio, las cuestiones de lo justo, de lo útil y de lo bueno. «Ciertamente (añade) si el orador perfecto existiese, no tendría que ir en busca de preceptos de virtud á las escuelas de los filósofos; y si hoy acudimos á ellas no es más que para reclamar lo que es nuestro (*nostrum reposcere*).» Ha de ser, pues, el orador varón verdaderamente sabio, y no sólo perfecto en costumbres, sino también en toda ciencia y en toda facultad de

hablar; tal, en suma, como el ideal modelo que Cicerón había trazado en el *Bruto*, y como Quintiliano confiesa que todavía no ha aparecido nunca en el mundo. Pero no porque esta perfección ideal esté tan lejos, hemos de desesperar, sino, al contrario, tender con mayores bríos á realizarla, pues, aunque la elocuencia perfecta parezca que excede los límites y condiciones del ingenio, siempre ascenderá más el que ponga los ojos en el punto más alto, que el que, por desesperación de arrojarle á la cumbre, se detenga al pie del cerro.

No se ha de confiar demasiado en los preceptos del arte, si se carece del fundamento de la naturaleza. Cuando el ingenio falta, aprovechan tan poco todos los preceptos que aquí y en otros libros se escriben, como poco aprovechan á las tierras estériles todas las teorías acerca del cultivo de los campos. No tengamos á Quintiliano por un preceptista árido y descarnado, ni imaginemos que confía demasiado en la virtud de su arte y en la importancia de sus disquisiciones pedagógicas; al contrario, tiene tal fe en la naturaleza y tal aborrecimiento á los malos retóricos que, según él, el arte sutil y seco gasta y malea todo lo que en el orador hay de generoso y vivo, y agota todo el jugo de su ingenio.

Como la obra de Quintiliano no es sólo una teoría literaria, sino un tratado pedagógico que guía al orador por todo el curso de su vida, desde la cuna al sepulcro, no abarca el libro primero de las *Instituciones* otra cosa que preceptos sobre la educación, desde la elección de nodri-

za y de ayo hasta los elementos de las artes preliminares á la retórica ó auxiliares de ella. Pero no creamos, por eso, que la educación que Quintiliano recomienda es pueril, solitaria y *umbrátil*. Tratándose de formar el orador para las tormentas del foro y de la vida pública, hay que avezarle á todos los soles, como quien ha de vivir *in media reipublicae luce*. Para que no le hiera de súbito y le deslumbre por la novedad el resplandor vivísimo del sol, es preciso que el orador no languidezca en el retiro, sino que eleve y fortifique su alma con la contradicción y el numeroso concurso, en escuela pública y abierta á todos, donde no nazcan en su ánimo, por falta de comparación, pensamientos de hinchada y estéril vanagloria. ¿Cómo ha de ser orador quien no haya visto el mundo y no sepa percibir la imagen de las cosas, y trasformarlas de cierto modo conforme á su propia naturaleza? Cuanto más generoso y excelso es el ánimo que se consagra á la elocuencia, con tanto más vigor siente todo género de impresiones, y conforme arrecia la lucha, crece él en ansia de gloria, y con el ímpetu aumenta sus fuerzas, y no se deleita nunca sino en aspirar á cosas grandes. No cabría la elocuencia en el mundo, si no tuviéramos más trato que el trato familiar.

Quintiliano concede grande importancia á la gramática, y la trata de propósito como preliminar á la retórica; pero la gramática para él, como para todos los antiguos, no comprende sólo la *scientia recte loquendi*, sino que es una verdade-

ra enciclopedia literaria y filológica, en que entra el juicio y crítica de los historiadores, de los poetas y de todos los escritores memorables por su estilo, y exige además, como conocimientos auxiliares y secundarios, el de la historia, el de la fábula, el de la filosofía, el de la astronomía, en cuanto todas estas ciencias contribuyen á la más cabal inteligencia de los textos clásicos, y, finalmente, hasta el de la música, para las cuestiones del metro y del ritmo.

Quintiliano es enemigo de toda afectación en el lenguaje. «Nada es más odioso que la afectación (escribe): la suma virtud del discurso es la claridad, y ha de tenerse por viciosa toda oración que necesite intérprete. Por eso ha de usarse con sobriedad de las mismas palabras arcaicas, por más que comuniquen cierta majestad y no pequeño deleite al discurso, por la autoridad que trae consigo lo antiguo y por la gracia de la novedad y de lo insólito.»

Grande y admirable arte es, sin duda, el del estilo, y el amor á la belleza de la palabra; pero Quintiliano reprueba el nimio y sutil estudio que en esto habían puesto sus contemporáneos, reduciéndose á la corteza, y olvidados del jugo y medula del discurso, que es el vigor de las sentencias. Aconseja, pues, que no se tomen de los antiguos las palabras, vacías y estériles, cuando la luz del pensamiento no las ilumina, sino que principalmente se los imite en aquella *santidad* y virilidad del estilo, tan opuesta á los que llama *deliciosos vicios modernos*. Con la sublimidad del

canto heroico de Homero y de Virgilio ha de irse robusteciendo el ánimo de la juventud, desde que comienza á aprender, para que, imbuído su espíritu en cosas grandes, adquiriera lo magnánimo al mismo tiempo que lo deserto.

Hay increíble variedad de ingenios, y tanto distan entre sí unos de otros los oradores, que no es fácil encontrar entre los modelos dos enteramente semejantes, por más que la turba de imitadores se parezcan entre sí, por la ausencia de toda cualidad superior y por haberse reducido á la imitación de un mismo modelo. Debe cada cuál ejercitar y enriquecer con la doctrina aquellas dotes que recibió de la naturaleza, no contrastándola, pero sin dejarse arrastrar tampoco de estas propensiones naturales suyas, hasta el punto de olvidar el cultivo armónico de todas las facultades del espíritu. De esta suerte, aunque la naturaleza le lleve más á un género de locución que á otro, quizá consiga, á fuerza de arte, sobresalir en aquello mismo para que parecía menos idóneo, no de otro modo que el que se ejercita en los certámenes atléticos no concentra todos sus esfuerzos en el *pancracio*, sino que aprende á herir de puño y á enlazarse y luchar con el adversario.

Cierto que la imagen del orador perfecto es un tipo ideal, no realizado nunca en el mundo; pero tampoco encierra imposibilidad metafísica, ni hemos de creerlo pura abstracción, vacía de sentido. «La naturaleza (dice Quintiliano) no prohíbe que el orador perfecto exista, y no hemos de desesperar torpemente de lo que no es impo-

sible. Y cuanto más altas sean las aspiraciones y mayor la idea que nos formemos del arte, mayor será el triunfo; y «el que con mente casi divina (prosigue Quintiliano) contemple la imagen de la elocuencia, reina de todas las cosas, como dijo el trágico, y la traiga siempre delante de los ojos, y apaciente su espíritu en la contemplación de su ideal hermosura, obtendrá larguísimo fruto, no en el aplauso de sus clientes, sino en el ánimo propio y en la misma contemplación, entendiéndose que tal hermosura es perpetua y no sujeta á mudanzas de la fortuna.»

Por incidencia ha tratado Quintiliano, en este primer libro, de la música, repitiendo las doctrinas corrientes entre los pitagóricos, que conciben el mundo como un todo armónico, numeroso y ordenado (*de números concordés*), y miran la armonía como una propiedad de todas las cosas, regulada por el movimiento de las esferas y la música que producen, inaccesible á nuestros sentidos. El alma misma es, en la doctrina pitagórica, un número que se mueve á sí mismo, y la virtud una armonía de las facultades y actos humanos, que se conserva por medio de la música y de la gimnasia. Tal era la doctrina de Aristoxeno, y de él parece haberla tomado Quintiliano, que más de una vez le cita. Para Quintiliano hay oculto parentesco entre la música y el conocimiento de las cosas divinas: el mundo mismo está compuesto con una razón musical, á cuya imitación se ordenó la música de la tierra. Por lo demás, Quintiliano admite la distinción,

establecida por Aristoxeno, entre el ritmo y la melodía sin metro, y pondera la utilidad de una y otra para el orador, pues aunque el ritmo en la prosa sea más libre y vago que el de los versos, se requiere, con todo eso, una oculta correlación y armonía entre el período oratorio y el sentimiento que en él se expresa; lo mismo que acontece en la música. ¿En qué otra cosa consiste la excelencia de este arte, sino en combinar la voz y la modulación con los afectos que se quieren expresar, dulce si dulce, grave si grave, triste si doloroso? Hasta en el gesto, en el ademán, en la mirada, cabe cierta *euritmia*, necesaria al orador, y que no puede aprenderse en otra arte que en el arte armónica, única que sabe los misterios de la interpretación de los movimientos y de los sonidos, en sus relaciones con el mundo interno de las pasiones y de las ideas.

En el libro II comienza á tratar Quintiliano de lo que propiamente entendemos por *retórica*. Pero antes de llegar á la definición y concepto del arte, todavía tiene que decir algo del ejercicio de la lectura y de la composición.

El alimento más sano y robustecedor para quien, como el orador, ha de descender á la arena de la vida, es la verdad; por eso Quintiliano le recomienda el estudio severo de la historia, más bien que el de los poetas, y procura, sobre todo, precaverle contra los peligros de la declamación; pues aunque no rechaza en absoluto este ejercicio, quiere, sin embargo, que la declamación se acerque á la verdad de las cosas humanas

en cuanto pueda, abandonando esas eternas é insulsas cuestiones de mágicos, de pestilencias y de sepulcros encantados, dulce estudio de los sofistas de entonces.

«Una de las principales causas que han corrompido la elocuencia (escribe Quintiliano con igual calor que Petronio), es la licencia y la ignorancia de los declamadores. Tengan los asuntos verdadera grandeza y realidad humana, no sea la expresión hinchada, necia y ridícula, porque si no, será difícil desterrar esa vana locuacidad, cuando se llegue á los discursos de veras. Si este ejercicio no educa para el foro, ¿ha de practicarse para ostentación escénica ó vociferación furiosa? ¿De qué sirve captarse la benevolencia del juez, cuando no hay juez; de qué sirve confirmar lo que todos saben que es falso; á qué es argumentar sobre una causa en la cual nadie ha de dar sentencia; y quién no ha de reirse de esas tentativas para promover la indignación ó el llanto, á no ser que consideremos que esos simulacros sirven (aunque por tiempo breve y cuando no se hace larga parada en ellos) para disponerse á verdadero certamen y á la pelea trabada?»

Todavía se ha explicado Quintiliano con más claridad y decisión acerca de este punto, en un lugar del libro V, que presenta extraña semejanza con la célebre invectiva de Petronio, que abre la parte hoy conservada del *Satirycon*. «Las declamaciones (dice Quintiliano) han degenerado, mucho tiempo hace, de toda verdadera imagen de oratoria forense; y compuestas para el deleite

sólo, han perdido el nervio, semejantes en esto á aquellos niños á quienes los mercaderes de esclavos despojan de sus órganos viriles, para hacerlos más blandos y hermosos.»

No trata Quintiliano de ofuscar las cualidades y poner trabas á la generosa y bien nacida índole del orador; antes quiere que se desarrollen con ímpetu y libertad, favorecidas por la lucha y la disciplina austera. Parécele bien en los jóvenes la lozanía y la abundancia, y aun casi no le ofende que haya algo de superfluo y de redundante, y que la juventud se arroje á nobles audacias, y se deleite en buscar y encontrar nuevos caminos, más bien que en la imitación seca y severa. Fácil remedio tiene la abundancia, al paso que la esterilidad no tiene ninguno; y poca esperanza de ser aventajado en la oratoria da la naturaleza en quien, ya desde los primeros años, tiene á raya el ingenio. Vale más que haya cantera de donde tajar y esculpir, que lo que sobre, la razón lo limará y el tiempo lo irá moderando. No prefiramos una lámina ligera que á la primera cinceladura se rompa. No es perfección el carecer de defectos, cuando al mismo tiempo se carece de virtudes.

El mejor ejercicio para fortificar el ingenio nativo es la lectura; pero, ¿qué autores deben leerse primero, los más fáciles, los más amenos? Quintiliano declara que al principio y siempre deben leerse los mejores, evitando principalmente dos escollos: el primero, convertirse en ciego admirador de la antigüedad, y envejecer,

por decirlo así, en la lectura de los Gracos, de Catón, y de otros tales escritores vetustos y arcaicos, porque así se hace el imitador hórrido y seco, quedando, por otra parte, inferior á los antiguos aun en la locución, que para aquel tiempo era excelente, pero hoy es ajena del nuestro. El otro defecto, contrario á éste, es dejarse seducir por las lascivas flores de la elocuencia moderna, y movidos de cierto malsano deleite que en ella se encuentra, preferir este género de locución dulce y sin nervio, y, por esto mismo, más grato al paladar juvenil. Sólo el entendimiento ya formado desde la niñez con la lectura de las obras del tiempo clásico, puede leer después, sin temor y con provecho, así los autores más antiguos como los más modernos, en los cuales confiesa Quintiliano que hay grandes excelencias, aunque la imitación sea peligrosa. De los antiguos no han de tomarse afectadamente las palabras, sino aquella viril fuerza de ingenio, que aún brillará más, unida á la cultura de nuestro tiempo y depurada de la ruda escoria de su siglo. Cada cuál debe usar las palabras de su tiempo, y ¡ojalá (añade Quintiliano) tuviéramos menos temor á las que cada día usamos en el trato familiar!

Sostienen algunos que el ingenio rudo é indoc-to logra mayores ventajas y se eleva á alturas no sospechadas siquiera por los dóctos y estudiosos. Imaginan que tienen mayor fuerza los que no tienen arte, y que es cosa más robusta romper que desatar, quebrantar que abrir, arrastrar que

mover. Es cierto que á veces consigue más el que aspira siempre á lo excesivo; pero esto sucede rara vez, y no compensa el desaliño continuo. Las mismas sentencias es cierto que brillan más cuando todo, alrededor de ellas, es sórdido y abyecto, porque son como una luz que arde, no entre las sombras, sino enteramente en las tinieblas, y que por esto resplandece más. Pero esto no ha de llamarse fuerza, sino violencia.

Toda arte oratoria está encerrada para Quintiliano en estos dos puntos: *Quid deceat, quid expediat*. De la naturaleza de las causas dependerá solo la distribución de las partes, la extensión relativa de ellas, etc. Y aun muchas veces conviene alterar algo del orden enseñado por los preceptos de la retórica, á la manera que en las estatuas y en las pinturas vemos que varían los rostros, las actitudes, los ademanes. De otra suerte, las obras artísticas resultarían inflexibles, rígidas y privadas de movimiento. En el discurso, como en las estatuas, caben mil formas distintas: muestran unas el ímpetu de la acción, otras la apacible serenidad; unas están desnudas, otras veladas. Nadie tachará de torcido el admirable *Discobolo* de Myron, y si alguien se atreviera á tacharle, por no haber preferido la posición recta, mostraría con esto solo ser enteramente ajeno á la inteligencia del arte estatuaria, en la cual es digna de singular alabanza aquella misma novedad difícil. El apartarse algo de lo que parece recto, de lo que está impuesto por los preceptos, de lo que la costumbre vulgar auto-

riza, muestra ya cierta virtud de ingenio no pequeña. Presentan la mayor parte de los pintores el rostro de sus personajes descubierto; Apeles, sin embargo, veló en parte la imagen de Antígona, para que no se conociera la deformidad del ojo que había perdido. De la misma manera, en los discursos conviene velar algunas partes, que no es prudente mostrar ó que no pueden expresarse conforme á su dignidad. Así lo hizo Timantes en el cuadro que le sirvió para vencer en certamen á Colotes de Teos. Había pintado el sacrificio de Ifigenia, haciendo triste la figura de Calcas, más triste la de Ulises, y habiendo añadido todavía un rasgo más de pesadumbre á la fisonomía de Menelao, y agotado así todos los recursos del arte para la expresión de afectos, no encontró modo digno de presentar la fisonomía del padre, y entonces veló su cabeza, y dejó que cada cuál interpretase el dolor de él á su modo. «Por eso (prosigue Quintiliano, y son de admirar tales palabras en un preceptista tan rígido y sutil en otros casos), nunca me ha parecido bien ligarme á esos preceptos que llaman universales y perpetuos, porque apenas se encuentra un asunto donde no claudiquen, y al cual puedan aplicarse en todo su rigor.» Y no quiere que los jóvenes se den ya por instruídos cuando han aprendido cualquiera de esos librillos técnicos, llenos de preceptos. Sólo con mucho trabajo, con asiduo estudio, con vario ejercicio, con muchos experimentos de prudencia y maduro seso, se adquiere el arte de bien decir, por más